

QUIMERAS DE ORIENTE: EDITH WHARTON EN MARRUECOS

MARÍA DEL PINO SANTANA QUINTANA

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

RESUMEN

En *In Morocco* (1919), Edith Wharton relata la crónica de un viaje realizado por el Marruecos colonial de finales de la Primera Guerra Mundial. Con el sentido del tiempo que le inspira el paisaje magrebí, Wharton reinterpreta la historia de Marruecos acercándonos un país con un pasado que parece estar vivo. Su recorrido presenta una doble vertiente: por un lado, Wharton no pierde detalle de las imágenes de miseria y sordidez que forman parte de los estereotipos coloniales del viajero occidental; por otro, el romance que encierra *In Morocco*, el crisol orientalista y la visión de *Las mil y una noches* que se percibe en sus impresiones, revisten el relato de una mirada mágica y fantasiosa que difiere de la realidad del país.

PALABRAS CLAVE: Edith Wharton, narrativa de viajes, Marruecos colonial, discurso orientalista, exotismo.

ABSTRACT

Edith Wharton's *In Morocco* is the account of a journey through colonial Morocco at the end of the First World War. Inspired by her particular sense of time of the North-African landscape, Wharton offers a new interpretation of Moroccan history, bringing us closer to a country whose past seems to be alive. Her itinerary presents a twofold approach: on the one hand, Wharton never loses track of those images of misery and squalor that belong to the colonial stereotypes of the occidental traveller of her time; the romance contained in her narrative, on the other hand, together with the orientalist and *Arabian Nights* perspective from which she regards the country, differ substantially from the Moroccan reality.

KEYWORDS: Edith Wharton, travel writing, colonial Morocco, orientalist discourse, exoticism.

En el otoño de 1917, Edith Wharton parte de París hacia el Marruecos francés en un momento único en la historia del país magrebí: se trata de un breve período de transición entre la época en que Marruecos estaba sometido a las autoridades europeas y el momento en el que se abriría al turismo occidentalizante. Para Wharton, Marruecos es víctima de una de las grandes ironías en la historia de los viajes: mientras más accesible se torna un lugar, mayor es la autenticidad que pierde. Por eso, antes de que la esencia del país quede reducida a las cenizas de la europeización y la modernización en las infraestructuras del transporte atraiga oleadas de turistas, la autora acepta la invitación del general residente de Francia, el mariscal Louis-Hubert Lyautey¹, y recorre el país durante un mes. Wharton, que pese a su origen neoyorquino residió gran parte de su vida en Francia, y a quien el gobierno francés le otorgó la cruz de la Legión de Honor por su labor humanitaria con los refugiados de la Primera Guerra Mundial, apoyaba la dominación colonial francesa en Marruecos. Gran admiradora de la obra de Lyautey, a quien retrata en sus páginas como el salvador de Marruecos en las primeras décadas del siglo XX, Wharton goza de una posición como viajera manifiestamente privilegiada. Pese a los obstáculos temporales que la Gran Guerra ha impuesto en la geografía mundial, la influencia de su anfitrión le permite

viajar por el protectorado francés de Marruecos y traspasar fronteras que, hasta el momento, resultaban inaccesibles al viajero occidental, más aún tratándose de una mujer. Gracias al general Lyautey, Wharton puede presenciar la danza ritual de los hamadcha en la ciudad santa de Mulay Idris, franquear las murallas de los harenes de las ciudades imperiales y, con la autorización del sultán, visitar las tumbas saadíes de Marrakech y acceder al gran rito religioso del sacrificio del cordero, en el que la tradición ha establecido como norma no admitir la presencia de mujeres. Las relaciones favorecidas de Wharton con el gobierno francés facilitan igualmente su itinerario, de tal forma que la viajera dispone de un coche militar² a su llegada al país, además de chófer, diversos intérpretes y estancias en alojamientos de ensueño, como el Palacio de la Bahía en Marrakech, residencia del general Lyautey.

Wharton, que es una viajera fascinada por el Norte de África, emprende su recorrido con el talante del sabio a quien, en un momento sublime de clarividencia, se le revela la destrucción de todo un imperio. En *In Morocco* (1920), la crónica de su viaje, la autora deja constancia de la melancolía que encierra visitar un país que está en pleno proceso de cambio. Su tono es urgente y sus ojos, aventajados, son el testimonio de un modo de vida legendario que tiende a desaparecer, y de una arquitectura que está a punto de sucumbir a lo que Wharton denomina “the corruption of the European bad taste” (viii). Su convicción es absoluta cuando afirma en el prefacio a la primera edición:

[N]o eye will ever see Moulay Idriss and Fez and Marrakech as I saw them... [T]he impression of mystery and remoteness which the country now produces must inevitably vanish with the approach of the “Circular Ticket³.” Within a few years far more will be known of the past of Morocco, but that past will be far less visible to the traveller that it is to-day” (viii).

Wharton, consciente del influjo que su relato va a ejercer en viajeros posteriores, construye su discurso desde una nostalgia anticipada, echando de menos lo que aún no se ha desvanecido. Sostiene con firmeza la idea de que sólo ella puede acercar al lector occidental un mundo hasta ahora inalcanzable. Pero no olvidemos que esta exclusividad que se atribuye la propia autora encierra una doble perspectiva: los lugares que afirma describir por primera vez son también los lugares que retrata por última vez, pues el

mundo que nos acerca parece estar llamado a la extinción. De acuerdo con John Culbert:

[T]he jealous originality of Wharton's travelogue lays claim to a tenuous present, the space between the 'never before' and the 'never again.' The historical parenthesis of the war seems a fitting occasion for Wharton's embattled resentment, and her regret that the end of the hostilities will bring on more tourists scarcely masks its aggression against her followers. (70-71)

Wharton parece estar convencida de las consecuencias devastadoras del turismo, que avanzará a pasos de gigante, sin posibilidad de desandar lo recorrido. Los trazos de vida medieval que perviven en Marruecos, su patrimonio arqueológico, la fisonomía originaria de los centros de sus ciudades dejarán de dar la bienvenida al viajero maravillado y el paisaje será víctima del mal de la uniformidad. La visión presente que la autora posee de Marruecos está condicionada por un tiempo y unos efectos que aún están por llegar. Por eso, en la narración de su viaje, Wharton se deleita en el misterio, en las formas de vida pretéritas protegidas del progreso industrial, y se jacta de su suerte por visitar un país en el que pocos viajeros se han adentrado.

A COUNTRY WITHOUT A GUIDE-BOOK

El entusiasmo inicial con el que la autora inicia su periplo se debe en gran medida al hecho de que no existen guías de viajes de Marruecos. Al mismo tiempo, Wharton explica que la escasa literatura viajera centrada en el país está mayormente en francés -lengua que la autora domina- y que, en muchos casos, se trata de ediciones inaccesibles, si exceptuamos la célebre obra de Pierre Loti por Marruecos, que es su lectura de cabecera durante el periplo⁴. Su propósito, en consecuencia, es escribir un texto que sirva de guía al viajero común, pero es consciente de que el tiempo limitado de su itinerario y el conflicto bélico en el que éste se enmarca le impiden profundizar en el país. A pesar de estas limitaciones, el texto de Wharton ha pasado a ser considerado como la primera guía de viajes de Marruecos. Y es necesario añadir que su obra, paradójicamente, ha contribuido de alguna manera al auge del turismo, un hecho que la autora probablemente debió pasar por alto a la hora de dar forma narrativa al recorrido. Tal y como sostiene Robert F.

Hunter, el relato de Wharton asienta las bases del paradigma literario de la nueva industria turística marroquí promovida por las compañías francesas surgidas tras la Primera Guerra Mundial:

In Morocco, revealed the profound changes that had occurred in the nature of Moroccan travel and gave American and British readers a compelling, almost irresistible reason for visiting the new French colony... Wharton demonstrated to would-be travellers that, owing to a revolution in transport and communications, travel in Morocco had become swift, safe, and reasonably comfortable. (59)

In Morocco, sin embargo y pese a la intención clara de Wharton, es un texto que va más allá de la guía de viajes al uso. La viajera lleva a cabo un recorrido descriptivo que bien puede resultarle útil al lector, pero tanto la elección de las zonas visitadas -en su caso el protectorado francés-, como la perspectiva que nos ofrece de cada una de ellas es plenamente subjetiva. Su narración no posee ese estilo directo e instructivo que caracteriza a la guía de viajes; lejos de aportar mapas, hechos históricos concretos o datos sistemáticos, Wharton vierte sobre el papel sus impresiones personales; en ocasiones, emplea toda su imaginación para relatarnos la contemplación de una ruinas o las imágenes que le evocan el paisaje norteafricano, siempre desde su propia interpretación, sin un orden definido y con un innegable valor literario. Aunque Wharton, además de la sección dedicada a la tarea colonialista francesa liderada por el mariscal Lyautey, incluye un breve bosquejo de la historia de Marruecos y la evolución de la arquitectura del país en los dos capítulos finales, su narración responde en estilo y contenido a un libro de viajes colmado de romance y fantasía⁵.

Por otro lado, el hecho de que Wharton se enfrente a un territorio que define categóricamente como “*a country without a guide-book*” (1), determina su perspectiva del país y su actitud como viajera. Wharton, aun habiendo visitado otros países del Magreb como Túnez, Egipto y Argelia, siente que Marruecos es un enclave remoto, una tierra incógnita que la desubica de su cosmovisión occidental. Marruecos, nos dice, es un país notablemente desconocido para el viajero extranjero; los nombres de sus ciudades forman parte de una realidad ignorada, pertenecen a una geografía incierta, no se cuelan en ninguna conversación:

One has met, of course, travellers who have been to Fez; but they have gone there on special missions, under escort, mysteriously, perhaps perilously; the expedition has seemed, till lately, a considerable affair. And when one opens the records of Moroccan travellers written within the last twenty years, how many, even of the most adventurous, are found to have gone beyond Fez? And what, to this day, do the names of Meknez and Marrakech, of Mogador, Saffi or Rabat, signify to any but a few students of political history, a few explorers and naturalists? (1)

En el imaginario occidental de Wharton, la geografía marroquí es víctima de una visibilidad sumamente limitada. Su viaje, en consecuencia, adquiere un cariz heroico. No en vano, su travesía para llegar al país es en sí una aventura. En el momento de la partida, el Estrecho de Gibraltar se encuentra vigilado por submarinos alemanes; el viaje por mar de Marsella a Casablanca, tan habitual entonces, se ha vuelto peligroso; la única ruta alternativa es partir de un puerto español y desembarcar en Tánger. Para Wharton, esta ciudad turística y cosmopolita desprovista de identidad, es el umbral de los misterios del país:

There is no guide-book to Morocco, and no way of knowing, once one has left Tangier behind, where the long trail over the Rif is going to land one, in the sense understood by any one accustomed to European certainties. The air of the unforeseen blows one from the roadless passes of the Atlas. (1)

Tánger es la línea que separa la geografía tangible de la desconocida, la habitual Europa de la perplejidad del continente africano. Si bien la noción usual de frontera es la de unos límites nacionales y territoriales, en un sentido metafórico, la frontera a la que Wharton se refiere representa ese pasaje abismal cuyo cruce constituye una forma de abandono de lo familiar y la inmersión en un mundo diverso e inexplorado. Traspasarla, dejando Tánger atrás, es avanzar hacia todo un infinito de emociones y promesas de aventura, hacia un espacio enigmático, sin referente, que Wharton describe como “the vast unknown just beyond.” (1)

DJINNS Y ALFOMBRAS VOLADORAS

La influencia que el Atlas y el desierto ejercen sobre Marruecos dota al país de una cualidad específica que lo distingue de otros enclaves del Magreb:

para Wharton, Marruecos es África. A medida que se adentra en el país, el mundo de la negritud se hace más palpable. En su ruta de Tánger a Rabat, Wharton tiene que atravesar el *bled*, el desierto inmenso y llano que se extiende en esta zona de Marruecos. La viajera asemeja el recorrido a una travesía por un mar petrificado, donde ya no hay autobuses, ni motocicletas y las ciudades se van desdibujando para dar paso a efímeros poblados nómadas. Su paso por el desierto, un elemento imprescindible en la iconografía norteafricana, le enseña a deleitarse en la uniformidad del paisaje, a apreciar la más leve transformación en un escenario que evoca la eternidad rimbaudiana. Wharton se recrea en el silencio, únicamente interrumpido por las reatas de mulas y las caravanas de camellos. Nos describe la majestuosidad de los nativos, que caminan junto a sus animales o montados con elegancia sobre ellos. Observándolos, se pregunta:

Where have they come from, where are they going, all these slow wayfarers of the unknown? Probably only from one thatched *donat*⁶ to another; but interminable distances unroll behind them, they breathe of Timbuctoo and the farthest desert. Just such figures must swarm in the Saharan cities, in the Soudan and Senegal. (4)

De camino a Rabat, Wharton atraviesa el Protectorado Español, una zona desamparada surcada por caminos arenosos que la viajera contrapone con las firmes carreteras de la ocupación francesa⁷. Al llegar a Al Ksar, se detiene a almorzar en una cantina situada fuera de los muros de la ciudad, donde unos españoles flacuchos le sirven un vino espeso en medio de una atmósfera colmada de los inevitables tipismos norteafricanos: el zumbido de las moscas, el calor abrasador, el fuerte olor a especias, el hedor de los camellos... Una vez en territorio francés, y aunque Wharton ha planeado hasta el más minucioso detalle de su recorrido, el motor del vehículo se avería. Perdida en una pequeña ciudad de Tetuán, la viajera se siente en un espacio primitivo e indómito, tan alejada de Europa -nos dice- como un aventurero medieval. Semejante contratiempo, sin embargo, no le produce ningún desconcierto: “It is a good thing to begin with such a mishap, not only because it develops the fatalism necessary to the enjoyment of Africa, but because it lets one at once into the mysterious heart of the country.” (6) Merece la pena detenernos en el empleo que Wharton hace del término “fatalismo” en este contexto, dado que, en cierto modo, explica su visión conjunta del carácter esencial de

África. La autora vuelve a recurrir a este concepto cuando, atravesando nuevamente el *bled*, en ruta hacia Fez, el motor del vehículo deja de funcionar. El incidente es similar, pero, a diferencia del anterior, Wharton ha aprendido a aceptar la precariedad del mundo por el que transita. La viajera, que esta vez viaja acompañada de un oficial del gobierno francés, se amolda a las circunstancias adversas con un talante animoso: “It is curious how quickly the *bled* empties itself to the horizon if one happens to have an accident in it! But we had learned our lesson between Tangier and Rabat, and were able to produce a fair imitation of the fatalistic smile of the country.” (17) Wharton asimila la ineludible idiosincrasia del país sin aflicción; su actitud denota un desprendimiento de los hábitos occidentales, donde el mundo se rige por otros códigos. En África, sólo cabe esperar: “Nearer at hand there was no sign of help, not a fortified farm, or even a circle of nomad tents. It was the unadulterated desert - and we waited.” (18)

A medida que Wharton se adentra en el continente africano, un mundo de sombras, triste y melancólico, se le abre paso; un mundo que, en su opinión, representa el verdadero Magreb: “the real Moghreb that is close to the wild tribes of the «hinterland» and the grim feudal fortresses of the Atlas.” (50) De camino a Marrakech, la viajera recorre los solitarios tramos del desierto y descubre que, cuanto más avanza hacia el interior, la magnitud de África se intensifica más: “the sense of the immensity and immobility of Africa descends on one with an intolerable oppression.” (56) Si bien es cierto que, para Wharton, la tierra interior, remota y sagrada, la luz de África, están mejor representadas en Marruecos que en Túnez o el sur de Argelia, también lo están la miseria y la sordidez. En un ejercicio de comparación que peca de orientalista, Wharton sostiene que Marruecos es un país melancólico porque carece del fulgor y la alegría de Túnez. Los habitantes, en su mayoría pobres, llevan ropajes sombríos, como el color de la tierra, y se pasean con indolencia. Las ciudades, ruinosas y decadentes, sus casas descoloridas y desprovistas de adornos, muestran un avanzado estado de abandono. En Fez Al Bali, la ciudad antigua de Fez, con su imponente medina de pasajes laberínticos, la melancolía parece expresarse en el aspecto lúgubre y empobrecido de la ciudad, en el polvo que cubre todas sus calles: “Dust and ashes, dust and ashes, echoes from the gray walls, the mouldering thatch of the souks, the long lamentable song of the blind beggars sitting in rows under

the feet of the camels and asses.” (42) Esta suerte de letanía inconsolable que corean los muros, los techados y los pordioseros del entorno nos trae la imagen occidentalizada de un reino de sombras, triste y desventurado que, bajo la mirada de Wharton, convierte la ciudad en un escenario enormemente decepcionante. Los zocos, sucios, oscuros y temibles, tampoco responden a sus expectativas⁸. Al observar los bazares de Fez, la viajera comenta: “They are less «Oriental» than one had expected, if «Oriental» means color and gaiety.” (50)

Como la mayoría de los viajeros occidentales de su época, Wharton incluye Marruecos en el mundo del exotismo oriental, pero, desde su óptica, sólo es oriental lo que resulta pintoresco y alegre. En su opinión, un país carece de exotismo cuando, en vez de multitudes con ropajes coloridos, algarabía y manjares suculentos, lo que encuentra es un enjambre de mendigos, callejuelas en penumbra y burros malolientes. Tratando de razonar el motivo de sus impresiones, la viajera explica que Túnez, Argelia y, en general, todos los puertos mediterráneos del Norte de África, reciben la influencia europea y, precisamente por eso, son más animados y poseen mayor colorido; mientras que el interior de Marruecos, cuanto más se extiende hacia el oeste, mayor es su atmósfera sombría e intolerante. Su enfoque no deja de ser contradictorio: si, como viajera occidental, la condición de oriental se ubica fuera de Europa, ¿cómo puede afirmar que las ciudades más “orientales” del norte de África son las que se encuentran bajo el influjo europeo? Wharton persigue el encantamiento de Oriente, la vida local pintoresca y exótica, pero sus huellas no parecen hallarse en Marruecos, un enclave que, más que elevar el espíritu, lo sume en un estado de melancolía incomprensible.

Para Wharton, la decadencia y la melancolía de las ciudades marroquíes sólo se ve interrumpida por un acontecimiento fuera de lo cotidiano. En Fez, sin ir más lejos, su visión se transforma al ver desfilar ante sus ojos una procesión que lleva los presentes para una boda judía. El despliegue excepcional de objetos, joyas y exquisiteces sí presenta para la viajera una atmósfera “oriental”; Fez se convierte en la Bagdad de al-Rashid⁹ y las mujeres engalanadas que marchan en fila se asemejan a la dama del cuento de “Los tres almanques.” Siguiendo un proceso similar, en Marrakech, Wharton da rienda suelta a su imaginación al observar una procesión de la circuncisión que va de camino hacia la mezquita; un padre lleva en su silla de montar a

un niño pequeño vestido para la ceremonia y la viajera recompone la escena asemejándolos a un príncipe oriental que intenta escapar con su hijo de las mujeres embrujadas del desierto.

Únicamente a través de la ficción puede Wharton percibir el exotismo de Marruecos. No en vano, la narración de su viaje abunda en referencias literarias y pictóricas que evidencian unos escenarios edulcorados. La ensoñación va penetrando en el relato a medida que la autora proyecta el imaginario de la ficción en la realidad de Marruecos. Wharton nos habla de Haydee, la joven griega del *Don Juan* de Byron, del “hombre de Porlock” de *Kubla Khan*, de los piratas que apresan a Robinson Crusoe en la ciudad costera de Salé, de los *djinnns* que desenrollan sus alfombras voladoras, de mujeres que parecen salidas de un cuento de hadas, de las historias de viajeros aturcidos por el sol y, también, de las puertas de entrada a las ciudades, que la autora vislumbra como antesalas a un cuadro de Carpaccio o Bellini. Hospedada en el palacio de la Bahía, recostada en un diván, Wharton observa a través de la puerta a un grupo de esclavos desfilando por el atrio. Ebria de la atmósfera de misterio que rodea el entorno, la autora nos brinda un ilusorio retablo en el que la pintura orientalista y la tragedia de venganza se dan la mano:

In that fantastic setting, and the hush of that twilight hour, the vision was so like a picture of a “Seraglio Tragedy,” some fragment of a Delacroix or Decamps floating up into the drowsy brain, that I almost fancied I had seen the ghosts of Ba-Ahmed’s¹⁰ executioners revisiting with dagger and bowstring the scene of an unavenged crime.” (61)

El romance que encierra *In Morocco*, el crisol orientalista y la visión de *Las mil y una noches* que se percibe en los comentarios de la viajera, tiñen el relato de una mirada mágica y fantasiosa que difiere de la realidad del entorno. Wharton observa un Marruecos hecho a la medida de su imaginación occidental; si bien nos acerca la belleza y el esplendor de un país que, en sus palabras, es de una poesía incurable, su enfoque es pasado por el tamiz de la ficción. La viajera segmenta la geografía marroquí en espacios míticos o, empleando la terminología de Marc Augé, “ficcionalizados.” (16) La reinterpretación de un Marruecos quimérico la conduce a afirmar que, en África, el amanecer es el momento más romántico del día. A su paso por Volúbilis,

Wharton explica: “at that hour the old Moroccan cities look like the ivory citadels in a Persian miniature, and the fat shopkeepers riding out to their vegetable-gardens like Princes sallying forth to rescue captive maidens.” (16) Sin embargo, si esta hora de embrujo es excepcional, es por motivos más prosaicos. Para Wharton, este es el momento del día en el que las ciudades lucen más hermosas porque esconden la podredumbre y la miseria: “[D]irt and dilapidation disappear under a pearly haze, and a breeze from the sea blows away the memory of fetid markets and sordid heaps of humanity.” (16)

TODA LA BELLEZA Y TODA LA MISERIA

La dualidad bajo la que Wharton percibe Marruecos -la belleza y la miseria- explican su definición del país como un espacio de contradicciones. Al visitar las tumbas saadíes, un enclave al que ningún viajero ha podido acceder hasta entonces, la autora queda deslumbrada ante la belleza del mausoleo, dotándolo de un aire de irrealidad onírica; y cómo no va a parecer un sueño, se pregunta, contemplar la riqueza, el equilibrio y la serenidad de una capilla que ha sido concebida en un campamento inhóspito en mitad del Sahara; cómo no va a sorprendernos la supervivencia de sus columnas y el marfil de las paredes. Este tipo de cuestiones enfrentan a Wharton con lo que ella considera el enigma primordial de la civilización del Norte de África, y que no es otro que la constante discordancia entre el esplendor y la pobreza; la civilización, a un mismo tiempo rica y estancada; el refinamiento arquitectónico y el abandono al que quedan sometidas muchas edificaciones; el flujo perpetuo de los zocos y la ausencia de vida que presentan las ciudades más allá de sus fortificaciones.

Wharton también percibe una confrontación entre Marruecos y Occidente en términos temporales. En su particular reinterpretación de la historia, la viajera nos habla de un país cuyo pasado parece estar vivo. La historia de Marruecos no está compuesta de referentes precisos ni ciclos históricos que se sucedan, sino de un pasado inmutable que se torna resbaladizo a la hora de registrarse en la vivencia del presente. A lomos de una mula, Wharton recorre Fez Al Yedid transportándose fuera de los límites temporales: “[Fez] has no age, since its seemingly immutable shape is forever crumbling and being renewed on the old lines.” (38) La huella medieval que subsiste en

Marruecos y que determina la propia naturaleza de sus habitantes, su anclaje en un tiempo remoto e inalterable, confunden los sentidos de esta viajera occidental hasta el punto de pensar que, no sólo Fez, sino todas las ciudades marroquíes han quedado suspendidas en un pasado lejano e incierto:

Overripeness is indeed the characteristic of this rich and stagnant civilization. Buildings, people, customs, seem all about to crumble and fall of their own weight: the present is a perpetually prolonged past. To touch the past with one's hands is realized only in dreams, and in Morocco the dream-feeling envelopes one at every step." (39)

Precisamente esta percepción del presente histórico de Marruecos como un "pasado eternamente prolongado" nos remite, una vez más, a esa mirada más cercana a la fábula y al ensueño que la autora vierte sobre el país. Wharton, acaso inconcientemente, describe lo que significa pertenecer al mundo social y cultural de occidente y, por ende, del colonialismo. Su construcción de Oriente como producto de la imaginación europea se circunscribe a un tipo de recorrido específico del periodo en el que viaja y que tiene poco que ver con aquellos otros periplos que se llevarán a cabo en décadas posteriores. Autores viajeros como George Orwell y Paul Bowles, aunque no pierdan detalle de las imágenes de pobreza y desolación que encierra el país, ofrecen una mirada más humana y menos utópica de Marruecos; en su experiencia del viaje, las escenas de la vida cotidiana son narradas sin ignorar la realidad específica que hay detrás, justamente por tratarse de una realidad de la que se sienten, de alguna manera, cómplices. Orwell, que residió en la ciudad de Marrakech a finales de 1930, dejó constancia de sus impresiones en su conocido ensayo "Marrakech" (1939). Al igual que Wharton, Orwell describe a los habitantes de esta parte del globo como figuras fantasmagóricas presas de un atavismo vertiginoso; nos habla de sectores indígenas que parecen ghettos medievales, de puestos de mercado infectados de moscas, de la miseria que se respira en las calles y la desolación que desdibuja los rostros de los hombres. Su narración, sin embargo, no recurre en ningún momento a la imaginería orientalista y se muestra muy alejada del discurso imperialista que predomina en el texto de Wharton¹¹.

Paul Bowles, que pasó la mitad de su vida en Marruecos, tuvo un acceso privilegiado a la realidad intrínseca del país. En su producción literaria, los

contornos sociales, religiosos y de clase parecen difuminarse en aras del entendimiento de una realidad diferente que acaba por integrar en su experiencia vital¹². Bowles vive la situación de Marruecos, la vida nativa, con una decidida voluntad de adhesión al presente. Wharton, sin embargo, describe un tipo de itinerario que se centra en el viaje al pasado y cuyo principal foco de atracción reside en la visita a palacios y ruinas que ofrecen auténticas panorámicas de la historia del país. La viajera siente que en Marruecos el pasado y la leyenda pueden verificarse a cada paso. La contemplación silenciosa de la necrópolis de Chella, por ejemplo, le hace sentir “the unimaginable touch of Time” (14), un “Tiempo”, por otro lado, que la autora imagina en toda su magnificencia porque contiene el paso de la humanidad, el dilatado rastro de la historia a lo largo y ancho del mundo. En la ruinas de Volúbilis, la antigua colonia romana en Meknes, Wharton queda absolutamente seducida por las huellas de Roma. Su emoción es palpable cuando, al avistarlas, expresa: “we saw the sight which, at whatever end of the world one comes up it, wakes the same sense of awe: the ruin of a Roman city.” (19)

La viajera observa con la perspectiva que proporciona la historia, siempre orientando su mirada hacia las ciudades desde zonas situadas en puntos elevados: una terraza, un tejado, una veranda, un mirador. Estos enclaves panorámicos le permiten abarcar un campo de visión amplio bajo el que llevar a cabo lo que Mary Louise Pratt denomina “promontory descriptions” (202), y que se refieren a la elaboración de imágenes que denotan cierto control sobre lo que se observa y se describe mediante una representación de la diferencia basada en la apropiación visual característica del viajero occidental¹³. Ubicada en una localización estática, con un margen de enfoque que se limita exclusivamente a lo que la vista puede alcanzar, Wharton orienta su mirada hacia el paisaje de las ciudades; lo examina con atención, emitiendo valoraciones estéticas propias del discurso colonial. Desde el tejado de la oficina del administrador francés de Marrakech, la viajera nos describe un paisaje saturado de imágenes orientales: “The city lay stretched before us like one immense terrace circumscribed by palms. The sky was pure blue, verging to turquoise green where the Atlas floated above mist; and facing the celestial snows stood the Koutoubya, red in the sunset.” (67) Desde esta posición distanciada, Wharton posa su mirada globalizadora sobre el abismo ilusorio que le supone el paisaje marroquí. Lo que ve es un puro goce para

los sentidos por tratarse de una vista que la preserva de la confusión de las multitudes que se extienden allá abajo, en las plazas y los zocos, donde realmente bulle la vida de los nativos. Digamos que Wharton se asoma al espejo de la vida marroquí, pero apenas lo atraviesa; sus ojos nos brindan un sinfín de detalles, pero bajo un prisma desenfocado. Su particular fantasía oriental hace que las ciudades, tomando prestadas las palabras de Orhan Pamuk, se parezcan “al decorado de un teatro que hay que contemplar desde la sala, sin pasar entre bastidores.” (260)

Conviene decir, en favor de la autora, que su mirada no siempre está sujeta a un orientalismo férreo, ni tampoco su pluma a unos tópicos manoseados por el imaginario occidental. Wharton, en determinadas ocasiones, despoja de todo su exotismo los lugares comunes y los eslóganes coloniales característicos de Occidente. La viajera desmitifica conceptos que suelen ser imaginados como el *súmmum* del exotismo en la mente occidental, tales como el oasis, el harén, las concubinas o el desierto. Wharton, que tiene una marcada tendencia a desviar su atención hacia lo extraño y lo pintoresco, desmonta el tópico del oasis en los siguientes términos: “To most people the word «oasis» evokes palms and sand; but though Morocco possesses many oases it has no pure sand and a few palms.” (51) Su incursión en los harenes constituye un testimonio verdadero de la sumisión férrea a la que está expuesta la mujer marroquí. El harén es un espacio que fascina a la viajera; al desentrañar lo que se esconde tras su muros, sin embargo, Wharton se encuentra con un mundo de esclavas, eunucos resignados y obedientes odaliscas que viven reclusas en estancias oscuras, sin la menor posibilidad de acceder a la vida exterior: “[concubines] evoke to occidental ears images of sensual seduction which the Moroccan harem seldom realizes... In their stuffy curtained apartment they were like cellar-grown flowers, pale, heavy, fuller but frailer than the garden sort.” (88) Wharton desacredita la imagen voluptuosa de las concubinas y el aura de sensualidad de los harenes que habían transmitido figuras del arte y la literatura hasta entonces, como Nerval, Flaubert o Delacroix.

En su deseo de llegar al alma de la mujer musulmana y franquear el complejo armazón del Islam, Wharton conversa con las concubinas, simpatizando con su desdicha hasta el punto de identificarse con su atroz cautiverio. Las montañas de Fez, entonces, no le transmiten un paisaje idílico de fantasía y ensueño; al contrario, Wharton las asemeja a los muros de una

prisión: “The roof was therefore their only escape: a roof overlooking acres and acres of other roofs, and closed in by the naked fortified mountains which stand about Fez like prison-walls.” (88) En Rabat, una de las jóvenes del harén, intrigada por la presencia de una mujer occidental que recorre mundo y escribe libros, descubre que Wharton no tiene descendencia. Sorprendida, le responde: “In Islam a woman without children is considered the most unhappy being in the world.” (84) Este intercambio de impresiones supone una variación en la representación occidental que predomina en el texto; Wharton no sólo se convierte en objeto de observación, sino también en objeto de compasión. Por una vez, su mirada es recíproca. Esta bilateralidad conduce a la autora a un replanteamiento de su condición identitaria como mujer y viajera occidental en un mundo al que no pertenece. Al contemplar el harén desde un punto de vista occidental, la viajera presume de una libertad inadmisibles en el mundo musulmán y se apiada de las concubinas subyugadas al confinamiento y la obediencia dictadas por el Islam. Pero en su encuentro con el interior de los harenes, Wharton es sorprendida por una nueva perspectiva, la de la mujer musulmana. Para la autora, el harén es un espacio de reclusión donde la vida sexual y doméstica de las mujeres está al servicio de la tiranía masculina. González Alcantud, en su ensayo sobre el orientalismo norteamericano en el contexto marroquí, sostiene que Wharton “se movía en una gran ambigüedad, ya que de un lado le atraía la vida oriental y de otro se sublevaba contra la situación de dependencia y práctica esclavitud de las mujeres fesíes.” (160) El relato de la autora en torno a la vida interior de los harenes, sin embargo, está despojado de todo exotismo y predomina en sus impresiones un tono de denuncia que poco tiene que ver con la seducción oriental expresada en pasajes anteriores.

NOTAS

- 1 Louis-Hubert Lyautey (1854-1934) fue el primer residente general del Protectorado francés de Marruecos, establecido por el Tratado de Fez en el año 1912 hasta la independencia marroquí en 1956. Lyautey, la máxima autoridad francesa en Marruecos y el responsable de la planificación urbanística en el protectorado durante su residencia, es, de acuerdo con Wharton, el impulsor de la conservación y restauración del patrimonio arquitectónico marroquí. A él y a su esposa dedica la autora el libro.

- 2 El automóvil era el medio de transporte predilecto de Wharton; en su opinión, te permite apreciar la continuidad del paisaje, además de proporcionar una libertad individual que parecía haberse perdido con la irrupción del ferrocarril. Desde sus primeros recorridos por Francia, algunos de ellos en compañía de su amigo y admirado maestro Henry James, Wharton celebra el viaje en automóvil por ser un medio que nos trae de vuelta lo que ella denomina “the romance of travel.” (17)
- 3 Consiste en un único billete que cubre un viaje con varios destinos. El “circular ticket” está estrechamente asociado a la explosión turística generada a mediados del siglo XIX por Thomas Cook, empresario y pionero del viaje organizado, a quien se le atribuye la creación de la primera agencia de viajes de la historia.
- 4 Se trata de la narración de viajes de Pierre Loti *Au Maroc* (1890), en la que el autor relata su recorrido de Tánger a Fez a lomos de un caballo como parte de una embajada francesa a la corte del Sultán Moulay Hassan. La visión que Loti nos brinda de Marruecos se sustenta en un exotismo demodé que nos brinda numerosas descripciones de un mundo seductor desconocido por la mayoría de los occidentales de la época. No es de extrañar, por otro lado, la extraordinaria preferencia de Wharton por Loti, con quien la viajera comparte un marcado interés por mantener intactas las huellas del pasado de Marruecos. En *Au Maroc*, Loti concluye con una declaración que habla por sí misma: “Ô Moghreb sombre, reste, bien longtemps encore, muré, impénétrable aux choses nouvelles, tourne bien le dos à l’Europe et immobilise-toi dans les choses passées.” (Loti, 357)
- 5 En su estudio sobre la guía de viajes desde sus comienzos hasta la actualidad, Robert Foulke afirma que los elementos más apreciados en el libro de viajes y, curiosamente, los más literarios, si fuesen traspasados a una guía se tornarían irrelevantes (1991:96). La única aspiración de la guía de viajes es la de informar, y su evidente funcionalidad ignora el elemento literario y la función estética que constituyen el libro de viajes.
- 6 Aldea de tiendas. Wharton, como explica en el prefacio a la primera edición, escoge para los nombres propios y otras palabras árabes la ortografía francesa.
- 7 “In the French protectorate” -explica Wharton- “constant efforts are made to keep the trails fit for wheeled traffic, but Spain shows no sense of a corresponding obligation.” (3) No es éste el único pasaje en el que la autora expresa sin disimulo la exigua iniciativa española por mejorar las carreteras de su protectorado en el norte de Marruecos. Wharton no duda en afirmar que la pésima administración de la zona española entorpece el desarrollo económico del país.
- 8 Cuán distinta resulta esta impresión de los zocos que nos ofrece Wharton de la relatada por Elias Canetti apenas cuatro décadas después en su pequeña obra maestra *Las voces de Marrakesh* (1967): “Los zocos son aromáticos, frescos y plenos de colorido. El olor, siempre agradable, varía paulatinamente según la naturaleza de los productos.” (27)

- 9 Harún al-Rashid (ca. 786-809), el quinto y más famoso califa de la dinastía abasí, encarna la era dorada que vivió en el siglo VIII el califato de Bagdad. Protagonizó muchas de las historias recogidas en *Las mil y una noches*.
- 10 Ba-Ahmed, gran visir de Marruecos entre 1894 y 1900, mandó construir el excepcional palacio de la Bahía. La causa de su muerte es aún desconocida.
- 11 En líneas generales, el ensayo de Orwell está marcado por el tono de denuncia que caracteriza toda su obra, como queda manifiesto en las siguientes líneas: “What does Morocco mean to a Frenchman? An orange-grove or a job in government service. Or to an Englishman? Camels, castles, palm-trees, Foreign Legionnaires, brass trays and bandits. One could probably live here for years without noticing that for nine-tenths of the people the reality of life is an endless, back-breaking struggle to wring a little food out of an eroded soil.” (38)
- 12 Bowles dejó testimonios de sus viajes por el Sahara y todo el interior de Marruecos en sus novelas y, de forma más directa, en artículos de viajes como los reunidos en *Their Heads Are Green and Their Hands are Blue* (1963).
- 13 En su influyente ensayo *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation* (1992), Pratt sostiene que este tipo de descripciones forman parte de la retórica del libro de viajes centrado en territorios coloniales. Se trata de un elemento discursivo que denota superioridad visual y que forma parte de lo que la autora denomina “the monarch-of-all-I-survey scene”, típicamente localizada en un enclave elevado.

BIBLIOGRAFÍA

- AUGÉ, M. 1998. *El viaje imposible*. Traducción de Alberto Luis Bixio. Barcelona: Gedisa, 1998.
- BOWLES, P. 1984. *Their Heads Are Green and their Hands Are Blue. Scenes from the Non-Christian World*. New York: Ecco, 2003.
- CANETTI, E. 2002. *Las voces de Marrakesh*. Traducción y prólogo de José Francisco Yvars. Valencia: Pre-textos.
- CULBERT, J. 2011. “Moroccan arrivals (Edith Wharton’s *In Morocco*)”, *Mediterranean Review* Vol. 4, No.1: 69-81.
- FOULKE, R. 1992. “The Guidebook Industry”, en Kowalewski, Michael (ed.). *Temperamental Journeys: Essays on the Modern Literature of Travel*. Georgia: The University of Georgia Press, 93-106.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. 2006. “El imperio de Dios y los estados barbaros. Pinceladas sobre la singularidad del orientalismo norteamericano, con especial referencia al contexto marroquí”, en González Alcantud, J. A. (ed.). *El orientalismo desde el Sur*. Sevilla: Consejería de Cultura, Junta de Andalucía y Anthropos Editorial, 147-173.
- HUNTER, R. F. 2010. “Manufacturing exotica: Edith Wharton and tourism in French Morocco, 1917-20”, *Middle Eastern Studies* Vol. 46, No.1: 59-77

-
- LOTI, P. 1890. *Au Maroc*. Paris: Calmann-Lévy.
- ORWELL, G. 1984. "Marrakech", en *The Penguin Essays of George Orwell*. London: Penguin.
- PAMUK, O. 2007. *Estambul. Ciudad y recuerdos*. Traducción de Rafael Carpintero. Barcelona: Random House Mondadori.
- PRATT, M. L. 1992. *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. New York: Routledge.
- WHARTON, E. 1995. *A Motor-Flight through France*. London: Picador Travel Classics.
2009. *In Morocco*. Oxford: Stanfords Travel Classics & John Beaufoy Publishing Ltd.